



UNA TAREA AERONÁUTICA DE TIEMPO DE PAZ

CASTROS GALLEGOS

Por el Teniente Coronel ALICIO MOYANO AGERO

El desembarco aliado en Normandía y la gigantesca batalla subsiguiente—penúltimo acto de la gran tragedia mundial—evoca otro escenario semejante en situación geográfica, configuración topográfica y características raciales, y con él, otras invasiones y otras fortificaciones que en épocas muy pretéritas jugaron asimismo un importante papel en la Historia y sirvieron de embrión a una Cultura y a un pueblo que subsiste con toda su pujanza. Esto es: Galicia y sus Castros.

En todas las Edades han elegido los hombres las eminencias o partes elevadas del terreno como lugar más apropiado para defenderse y desde ellas dominar las tierras próximas; así, bajo la denominación genérica de "Castro" (*Castrum*), ha venido designándose por historiadores y arqueólogos a toda clase de recinto fortificado o simplemente cercado, que estuviese situado en la cumbre de un monte o colina, con tal de que su emplazamiento datase de fecha anterior a la Edad Media; y es esta la razón de que autores tan destacados como Murgia, Saralegui y Maciñeira nos citen Castros de diversas épocas y con distinta aplicación y configuración, situados en territorios tan poco afines como Suiza, Normandía, Nueva Zelanda, sur de Francia, Méjico, Portugal e Ir-

landa. Pero nosotros vamos a ceñirnos a las peculiares características de los Castros de Galicia, donde es tal su abundancia que puede asegurarse formaban una vasta red, perfectamente organizada, con comunicación entre sí, bien por señales acústicas o luminosas, o bien directamente por vías accesorias de enlace (zanjas o caminos cubiertos).

Diseminadas por las cuatro provincias que constituyen la actual Galicia (en tiempos lejanos formaron un solo conjunto étnico las tierras de Galicia, León, norte de Lusitania y parte de Asturias), existen—según nos dice el historiador señor del Castillo—más de ochocientos Castros perfectamente localizados hasta ahora, y se supone fundamentalmente debe haber otros *cinco mil* todavía por descubrir.

Hasta finales del siglo pasado apenas si se habían efectuado trabajos arqueológicos organizados para obtener datos precisos que, en un plan general, pudieran determinarse fechas, rasgos, modalidad de costumbres y tono de vida llevada por los primeros habitantes de los Castros; ahora ya, después de las excavaciones hechas en Santa Tecla (1906), en Castro Troña (1911), y otras posteriores en Samoedo, en Fozana, en la isla

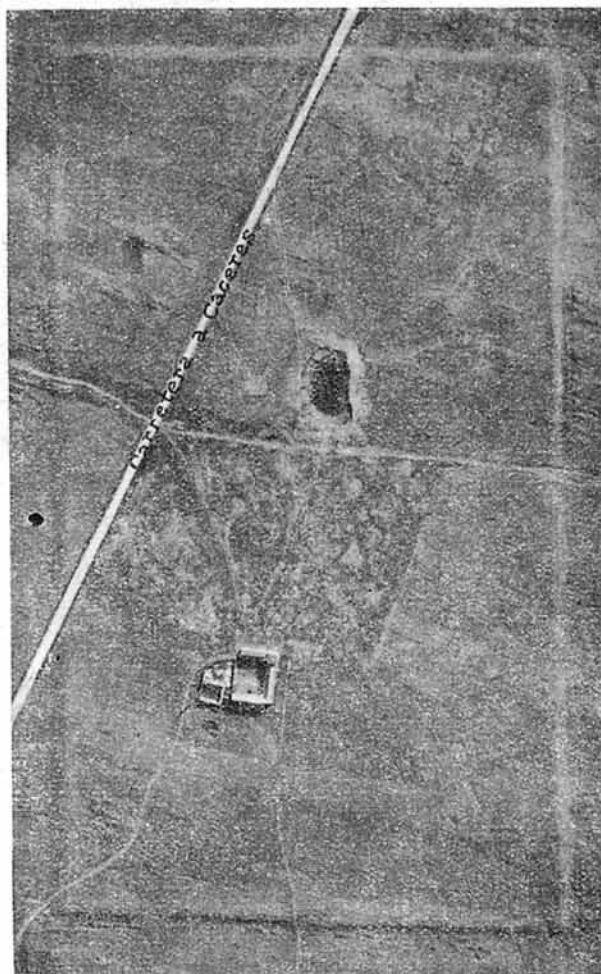


*Casas celtas de la citania de Santa Tecla
(Pontevedra).*

de Torella, en Monte dos Castelos y en Arteijo; y de la profusión de objetos encontrados en alguno de ellos, como en Castromao (*Castro-Magno*, admirable fortaleza en Orense), ya no puede caber lugar a duda de cómo se desarrolló la etapa protohistórica denominada "Cultura de los Castros".

A fin de fijar lo más aproximadamente la cronología de los Castros gallegos, debemos partir de los siglos inmediatamente anteriores a nuestra Era para encontrar el comienzo de las formas arquitectónicas características de dichas obras, y aunque no puedan fijarse métodos de clasificación cronológica exacta, podemos situarlas con toda seguridad con el arribo de los celtas a nuestra Península. Esta raza parece bien probado que hizo su irrupción en el NO. de España hacia el año 500 antes de Jesucristo, en la época en que comenzó a alborcar en este país la Edad de Bronce, fondo de aquella civilización naciente de la que eran ellos vehículo portador. Efectuaron su arribo al litoral gallego procedentes de Britania y de las costas occidentales de las Galias (*Durmunus, Cimki y Bretones*).

No es objeto de este estudio acompañar a los celtas en su éxodo emigratorio desde las riberas del Báltico (donde se suponen tuvieron su origen), ni tampoco determinar el concepto antropológico y cultural de este pueblo; pero sí haremos constar que constituían entonces una raza superior, de lengua indo-europea, de no muy elevada estatura, fuertes y musculosos, cabeza grande, faz achatada, pómulos acusados y cuadrada mandíbula inferior; arrogantes, valientes e impetuosos en el combate, aunque dotados de una cautela extraordinaria. Establecieron por el hoy litoral gallego en grupos aislados, pero formando todos ellos una gran comunidad, designados con el nombre de "Gaefes" (Strabón les llama *Callaici*). Habitados como estaban a la lucha, no hallaron



Vista aérea de un Castro romano, atravesado actualmente por la carretera a Cáceres.

gran resistencia por parte de los aborígenes, raza indeterminada cuyas peculiaridades antropológicas no han llegado a definirse, pero que se supone formada por reducido número de hombres de cultura incipiente que en estado semisalvaje vivían en un aislamiento tranquilo y dichoso, poblando las "mariñas" y bosques de la costa; y dada la facilidad que les proporcionaba la espléndida naturaleza de sus fértiles campos y el venero de riqueza de su mar, gozaban de una existencia plácida y feliz, sin temor a que hombres algunos les disputasen ese paraíso que hubo de depararles la Providencia, aislándoles no sólo por accidente—en su "finis-terre"—, sino por el bastión de sus cordilleras que por Oriente y Sur les separaba de sus—entonces lejanos—vecinos, los astures (¿?) e iberos.

Instalados en la costa los primeros celtas, y siendo por naturaleza un pueblo guerrero y cauto,

pensaron, ante todo, en tomar posesión efectiva del terreno, poniéndose al abrigo del ataque de los aborígenes, fortificándolo según su técnica (los "rath", irlandeses, de donde muchos de ellos procedían, no eran sino pequeños Castros); pero adaptando esta técnica a las condiciones especiales del país en el que entraban como invasores, por lo que debían poner a cubierto sus viviendas. Y de ahí surgieron los primeros Castros en tierras de Galicia.

Como modelos típicos de estos Castros tenemos los que se yerguen en las colinas más próximas al litoral: el de Santa Tecla, en la desembocadura del Miño; Coferredondo, en Pontevedra; Isla de Torella, en Vigo; Castro Troña, en Mondáriz; Pastoriza, en la Coruña; etc., etc.

La traza de todos ellos es semejante, aunque no idéntica: en la cota más elevada del montículo sobre el que están asentados, un profundo foso de grandes piedras, y paralelo a este foso, inmediatamente detrás de él, un muro también de mampostería formando ambos un círculo o una elipse (nunca un polígono) que, rodeando la cúspide, constituyen la llamada "Corona" o *Croa* del Castro. En cotas más inferiores, en líneas sensiblemente paralelas a la corona (en dos o tres órdenes según su importancia), una serie de zanjas o trincheras menos profundas y anchas que el foso, pero al igual que éste revestidas de piedras, constituyendo un perfecto sistema de avanzadas. En la planicie superior o corona, adosadas al muro protector de la misma o empotradas en este parapeto (que tiene a veces un espesor de tres o cuatro metros), se abren los alojamientos que servían para viviendas y servicios accesorios. Estos alojamientos (que componían la *Acrópolis* o población del Castro) acusan una traza característica de planta circular o de herradura, lo que las diferencia de las construcciones clásicamente "ibéricas", que eran rectangulares. Las habilitadas para vivienda están dotadas de un aditamento concéntrico para el horno.

El perímetro de los Castros de tipo celta es muy variable, pues si bien las obras de fortificación propiamente dichas (muros y fosos) tienen en todos ellos una estructura casi idéntica, el área de la corona debía variar según el número de habitantes que en ella se alojaban, ya que en ella residían no sólo los guerreros (llamados *Lous* en lengua celta), sino también sus familiares.

Es de suponer que cada Castro era habitado por un "Cum" (especie de *Clan* de los escoceses), que en los celtas hispanos era una entidad social superior a la familia; es decir, la reunión de todas las ramas colaterales de una casta en torno de su



Ruinas de una casa celta.

jefe. Por esto, el número de alojamientos de esta gentilidad (a los que se daba el nombre de "Vest-Cum", o villa del *Clan*) variaban en proporción a las necesidades del "Cum". Generalmente, el perímetro de corona o lugar habitable, suele medir de 500 a 800 metros, si bien existen algunos de proporciones muy superiores (el Castro de San Ceprián de Las, mide 1.500 metros y consta de tres muros en plantas ovaladas). Se han hallado muchos construídos en dos o más cuerpos, es decir, formando varias coronas (cuando para ello se prestaba el emplazamiento), y unidas éstas entre sí por trincheras revestidas de piedras (el Castro de Monte Prismos, por ejemplo, consta de tres coronas comunicadas).

A estos Castros de mayores dimensiones se les daba el nombre de *Citanias*, y eran verdaderas ciudades fortificadas, esbozo rústico de lo que siglos más tarde habían de ser las plazas fuertes, y —afirmando su calidad de tales— se han encontrado en ellas restos humanos en espacios dedicados a necrópolis, observándose dos clases de enterramiento: en sepulcros superpuestos adosados al muro, cuyo lugar se supone estaba reservado para los *druídas*, o sea la clase superior—sacerdotes y jueces—, y en *dólmenes* (gran mesa funeraria que cubría una fosa con varios enterramientos), para las demás clases sociales más inferiores, *bardos* (cantores), *ovatos* (artesanos) y *lous* (guerreros).

Como antes decimos, tanto los fosos como los muros están contruídos de toscas piedras sin unir o revestidos de ellas (la piedra en sillares aparece muy posteriormente, en la época romana). La altura del muro principal varía según la importancia del Castro, siendo en la de los Castros de tipo normal de tres metros de elevación en su fachada interior y de seis u ocho en la parte externa, que tiene caída sobre el foso. Esta altura del muro nos hace desechar la creencia de que éste pudiese ser utilizado como parapeto, y hace suponer que la defensa activa del Castro se conseguiría



Vista aérea del campamento de Escipión en Renieblas para el asedio a Numancia.

en las obras exteriores, en las que trinchera y parapeto tienen aproximadamente la altura de un hombre.

El acceso a los Castros debía variar, naturalmente, con la configuración de la meseta en que estaban enclavados, y de estos caminos apenas si se han encontrado restos; se cree que generalmente ascendían en forma de espiral, rodeando el monte y siguiendo su trazado, en parte, por los fosos de las defensas exteriores. La entrada a la corona debía hacerse por medio de una rampa sobre el foso que daba a una abertura del muro, la cual podía obstruirse cuando se precisase con con piedras y empalizadas.

En muchos recintos se han encontrado cuevas o silos; en el de Santa Cristina del Viso—por ejemplo—se ha descubierto la llamada “Cova de Bermún”, que termina en un río, a dos kilómetros de distancia. De la existencia de estos subterráneos ha nacido la suposición de que por medio de ellos se comunicaban los Castros entre sí, aunque hasta ahora no se han hallado pruebas concretas que lo aseveren. Y de ahí también que la fantasía popular—siempre muy exaltada en el agro gallego—suponga que estos subterráneos están aún habitados por seres extraordinarios (*Xentiles, Mouros e outros encantamentos*), y haya creado alrededor de estas leyendas un sin fin de supersticiones, condensadas en relatos fantásticos, algunos de marcado sabor poético.

A medida que la invasión de los celtas iba haciéndose más densa, fueron éstos profundizando tierra adentro, y de los montículos de la costa donde estaban enclavados sus Castros pasaron a las altas cimas de las montañas de Lugo y Orense, dejando toda Galicia jalonada de estas forti-

ficaciones, que no sólo cumplían su cometido sirviendo como tales reductos, sino que además eran semilleros fecundadores de una gran raza, que a través de los siglos perdura con sus primitivas cualidades.

La vida de estos hombres a la sombra de sus Castros debió de deslizarse plácida y laboriosa durante un período de tiempo no inferior a cuatrocientos años, hasta que a partir del siglo anterior a la venida al mundo del Mesías comenzaron las incursiones a Galicia de otros pueblos, que si bien no habían de desplazar jamás a los celtas del territorio que anteriormente habían conquistado y afianzado, les aportarían, eso sí, la savia de nuevas civilizaciones más perfectas.

Y fueron primero los griegos y fenicios que arribaron a las costas galaicas en busca del estaño existente entre el Miño y Finisterre y del oro de sus ríos (Sil y Miño), los que establecieron factorías y construyeron puertos y faros (la famosa Torre de Hércules, de La Coruña, se supone de fundación fenicia). Fueron asimismo los piratas normandos, que hacían incursiones de más de 100 kilómetros de profundidad al interior, asolando el país. Y fueron, en fin, los soldados de Roma, que al mando de Décimo Xunio Bruto llegaron a las riberas del río Limia, y adentrándose en Galicia derrotaron e hicieron descender de sus Castros a los valerosos celtas.

Esta invasión romana fué la primera que sufrió Galicia, procedente del interior de la Península, y a su respecto citaremos una leyenda que tiene ciertos visos de verosimilitud; refieren algunos historiadores que el río Limia (*Lether* le llamaron los romanos) era designado por los iberos—que poblaban su margen izquierda—con el nombre de “río del Olvido”, y existía en ellos la creencia supersticiosa de que aquéllos que traspusieran su cauce, olvidaban sus familias y hogares, quedando desterrados para siempre en las intrincadas montañas galaicas, que sólo se atrevían a habitar aquellos feroces celtas llegados allí por mar, de ignoradas tierras nórdicas.

La dilatada dominación romana alteró totalmente el régimen de vida del ya numeroso pueblo celta. Ocupado militarmente el territorio por las huestes de Augusto y expulsados de los Castros sus habitantes, esparciéronse éstos por todo el país, constituyéndose en grandes tribus, que se regían con cierta independencia, incluso de sus invasores: los *Artabros* se situaron alrededor del gran Golfo llamado “Portus Magnus Artabrorum”, creando los centros rurales de “Ardobriga” (Ferrol), “Brigantia” (Betanzos) y “Farum Brigantium” (La Coruña); los *Neiros*, en “Promon-

torium Merium" (Finisterre); los *Tamaricos*, entre los ríos Sar y Tambre (Santiago); los *Coepporos*, en "Lucus" (Lugo); los *Boedios*, en Viveiro; los *Grovios*, en "Tyde" (Túy), y los *Lemavos*, en el valle de "Lemos" (Monforte). Y así estos núcleos rústicos de agrupaciones célticas dieron carácter y crearon el nervio de la actual Galicia.

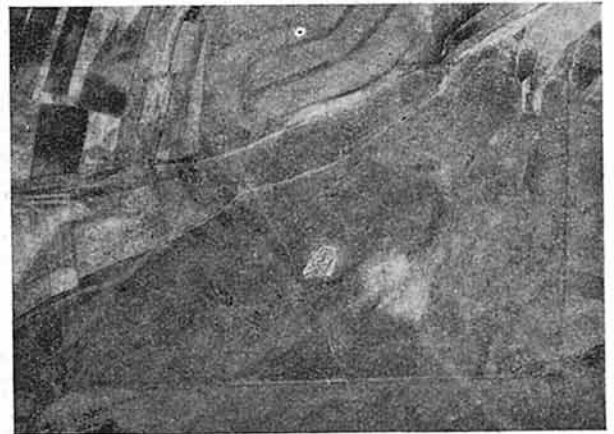
Dada la configuración del terreno, erizado de alturas, con profundos valles y espesos bosques, es indudable que los Castros han debido representar un papel decisivo en todas las invasiones, y que cuantos poseyeron, temporal o definitivamente, el suelo de Galicia, hubieron de utilizarlos para asegurar su dominación sobre el país, y ésta debe ser la razón de que en casi todos ellos se hayan encontrado profusión de objetos de las más variadas épocas. Y así tenemos que, junto a enseres característicos de indudable supervivencia "hallstattica" y "post-hallstattica", propios de la llamada "Cultura de los Castros", tales como cuchillos, puntas de flecha y hachas de cuarzo y sílice, platos y ánforas de barro cocidos al sol (muy peculiares), molinos de mano, piezas de arados de ruedas que se sabe usaban los celtas..., hayan sido hallados otros de clara procedencia romana, representados por armas, monedas e inscripciones. Y no sólo huellas del paso de los celtas y romanos por sus recintos, pues los fenicios y griegos dejaron asimismo sus señales en joyas y objetos de adorno, de bronce y oro, groseramente labradas. Y hasta los suevos, cuya Monarquía (la primera de nuestra Historia) fué instaurada en Galicia en el año 409 de nuestra Era, dejaron también rastros de su paso por los Castros con su magnífica cerámica estampada.

Ello corrobora la utilización de estos recintos fortificados por todos cuantos pueblos hollaron el suelo de Galicia, si bien hay que suponer que todos, excepto los celtas, debieron emplearlos sólo como reductos, con fin puramente militar, pues si se prestaba su emplazamiento a las actividades comerciales y marineras de los fenicios, ni, dadas sus reducidas dimensiones, eran apropiados para albergar permanentemente toda la artificiosa organización del campamento típicamente romano, con sus hileras de tiendas, dispuestas en un orden de colocación inmutable, sus alojamientos para jerarquías en lugares prefijados (el *tabernaculum* o residencia del General, el *quoestorium* del *quoestor* e Intendente, etc.) y sus complicadas instalaciones de servicios o puestos de mando (el *ara* o altar, el *aguatorium*, la *sella castrensis*...). En resumen: que el Castro celta, con su sencillez, muy adecuada para las necesidades de un pueblo primitivo, diseminado por un

suelo accidentado y hostil, debía resultar a todas luces insuficiente para alojar las lucidas legiones del Tíber. Y es por esto por lo que solamente en los Castros de amplio recinto o Citancias, se han encontrado vestigios más concretos de permanencia romana.

De cuanto dejamos consignado anteriormente podemos deducir que, no obstante su humilde relieve arquitectónico, son los Castros gallegos la obra de fortificación que, como ninguna otra, ha logrado permanecer y cumplir su cometido durante un período más dilatado de tiempo, ya que su utilización se remonta al siglo VI (antes de J. C.) y mantiene su eficiencia hasta bien entrado el siglo V de nuestra Era, continuando después la aplicación bélica de algunos de ellos en la Edad Media, durante la cual, y por gracia a su privilegiado emplazamiento, sirvieron sus toscos muros para cimentar la airosa silueta de las fortalezas medievales de Lemos, Andrade, Valdeorras, Ortigueira, Castro Caldelas... Y aunque es innegable que ellos no poseían la grandeza ni la majestad de los monumentos orientales de su época, en los que, a la influencia del panteísmo asiático, se unía el florecimiento de una civilización mucho más esplendorosa que los primeros destellos de cultura de nuestras razas primitivas, no por ello deben sernos menos respetables, ya que con la rusticidad de sus muros venerables, de indiscutible origen ariano, han legado a España, en su Galicia, la certidumbre de una ascendencia de la más pura y noble estirpe celta.

Como descubrimiento de máxima actualidad relativo a la materia de que se trata en las líneas precedentes, citaremos el reciente hallazgo (en agosto de 1943) del Castro de Meirás, sito en los terrenos del Pazo de S. E. el Jefe del Estado, que ha sido señalado por el notable investigador y



Vista aérea de un Castro romano al sur de Almazán.

académico de la Real Gallega don Angel del Castillo; habiéndose comenzado los trabajos de excavación bajo la dirección de don José María Luengo, Comisario provincial de Excavaciones, con resultados altamente satisfactorios, pues se ha encontrado perfectamente conservada una corona o acrópolis de 375 m., con dos órdenes de murallas, así como numerosos objetos, cuya edad y peculiaridades se hallan actualmente en estudio.

En momentos como los presentes, en que tan obligados estamos todos los españoles a mostrar ante los ojos del mundo no sólo el vigor de nuestro actual potencial, sino el brillo de nuestras tradiciones y el orgullo de nuestra solera, el grano de arena de cada uno de nosotros puede constituir la montaña sobre la que ha de asentarse la España del futuro. Nuestra gloriosa Aviación—hoy en pausa de actividad guerrera—tiene un amplio campo de colaboración en facilitar estudios y descubrimientos en materia tan sugestiva como la Arqueología; y concretamente, en lo que a Castros se refiere, viene a nuestra mente el recuerdo de los "rayos X del aire", como podríamos llamar a esa prodigiosa propiedad de las fotografías

aéreas, que, a causa de la diferente coloración de los cultivos emplazados sobre la vertical de muros enterrados (¿acaso por influencia de la cal?), acusan con toda exactitud el trazado de esos vestigios, totalmente insospechados e invisibles para el transeúnte de esos mismos terrenos. Por ello, pensamos que una inteligente prospección aérea, con las necesarias aerofotografías, resultaría de una eficacia definitiva en la labor de señalar y localizar emplazamientos subterráneos de los Castros sepultados y no descubiertos, permitiendo nuevas excavaciones, con las que, indudablemente, se acabarían de llenar los vanos aún existentes en el estudio de tan dilatado período protohistórico de diez siglos.

Labor ésta que, por cierto, no es inédita para la Aviación española, ya que últimamente, con el patrocinio del anterior Ministro, General Vigón; la colaboración, como fotógrafo, del Coronel don Juan Rodríguez, y la orientación del profesor Martínez Santaolalla, han obtenido nuestros aviadores—volando sobre las tierras cántabras—interesantísimos datos y aerofotografías, que fueron luego guía de sucesivos trabajos, no menos fructíferos, en el suelo.

VISTA AEREA DE LA ANTIGUA CIUDAD DE NUMANCIA

